La Salvación

Por Gracia, Mediante la Fe

Kimani Upshur, M.Ed.

Rescatado. Redimido. Restaurado.

Derechos de autor

Copyright © 2026 por Kimani Upshur, M.Ed. Todos los derechos reservados.
Publicado por Upshur Unlimited LLC.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni utilizada de ninguna manera sin el permiso escrito del propietario de los derechos de autor, excepto para el uso de citas en una reseña de libros.

A menos que se indique lo contrario, las citas de la Escritura corresponden a la Biblia Reina-Valera 1909 (RVR1909), de dominio público. Consulta siempre tu propia Biblia para ver el contexto completo.

Este libro es gratuito. Compártelo con quien lo necesite. Más libros en upshurunlimitedllc.com.

Introducción: La pregunta más importante que jamás responderás

Déjame hacerte la pregunta que está debajo de todo este libro: si murieras esta noche, ¿sabes —sabes— dónde pasarías la eternidad?

No te estoy preguntando si lo esperas. No te estoy preguntando si eres una buena persona. No te estoy preguntando si vas a la iglesia, si te bautizaron de bebé, si dijiste una oración una vez en una reunión de jóvenes, o si vienes de una familia cristiana. Te estoy haciendo la pregunta que la Palabra de Dios trata como la pregunta más importante que un ser humano puede responder: ¿eres salvo?

La mayoría de la gente nunca la ha respondido con claridad. Algunos la evitan porque se siente incómoda. Algunos asumen que estarán bien porque son personas decentes —no roban, no engañan, ayudan a sus vecinos—. Algunos piensan que la salvación es un misterio que nadie puede realmente entender, así

que lo posponen, como una carta que siguen queriendo abrir. Pero la Palabra de Dios no trata esto como un misterio. Lo trata como un rescate —y un rescate es algo que o recibes o no recibes—.

Aquí está el ancla a la que volveremos una y otra vez en este libro:

«Que si confesares con tu boca al Señor Jesús, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo» (Romanos 10:9 (RVR1909)).

Y la promesa que cubre a toda la raza humana:

«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado á su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16 (RVR1909)).

Lee esa segunda despacio. Todo aquel. No todo aquel que sea suficientemente bueno. Todo aquel que cree. Esa palabra está haciendo un trabajo enorme, y todo este libro está construido sobre ella.

Esto es lo que este libro no es. No es psicología popular ni opinión humana vestida con versículos de la Biblia. Las ideas del hombre nunca llevan la voz aquí —la Palabra de Dios lleva la voz en cada página—. No es una técnica para ganar el favor de Dios, porque la salvación no se puede ganar. No es fuerza de voluntad, religión, ni ritual. No puedes apretar los dientes y salvarte a ti mismo. La salvación es por gracia mediante la fe solamente —el don de Dios, recibido confiando en Cristo—. No por obras, no por asistencia a la iglesia, no por ser una buena persona. Por gracia. Mediante la fe. Solamente.

Y este libro está construido explícitamente sobre el Dios de la Biblia —la Bendita Trinidad: Dios el Padre, que amó al mundo tanto que dio a su Hijo; Jesucristo, nuestro Señor y Salvador —plenamente el Hijo de Dios y plenamente el Hijo del Hombre— que murió en la cruz, fue sepultado, y resucitó para pagar por nuestros pecados; y el Espíritu Santo, que nos convence de pecado, nos da nuevo nacimiento, y nos sella como propiedad de Dios. Padre, Hijo y Espíritu Santo. Ni uno sin los otros. La oración en este libro es al Padre, por medio de Jesucristo, por el Espíritu Santo.

Catorce capítulos acerca de los lugares reales donde la salvación se malentiende: qué es, por qué la necesitamos, qué logró la cruz, cómo recibirla, cómo saber que estás seguro, qué cambia después, y cómo contárselo a otros. Cada capítulo abre con la Escritura y termina con un paso de acción —no cinco, no una lista de

verificación, una cosa que realmente puedes hacer hoy—. El apéndice responde catorce preguntas honestas que la gente hace acerca de la salvación. Y cerramos con una oración que puedes orar ahora mismo.

Una promesa más, y lo digo en serio: no te haré sentir culpa por el pasado. Si has pecado —y todos lo hemos hecho— ese no es el fin de la historia. Ese es el principio de por qué Jesús vino. Este libro no trata de contar tus fracasos. Trata de conocer a tu Salvador.

El gancho de este libro es la promesa del propio Dios: todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.

Resolvamos la pregunta más importante que jamás responderás —juntos—.

Capítulo 1: Lo que la salvación realmente es

La palabra «salvación» se usa mucho y se entiende poco. Algunas personas piensan que significa ir a la iglesia. Algunas piensan que significa ser una buena persona. Algunas piensan que significa un sentimiento religioso que tuvieron una vez. Despejemos la niebla con la Palabra de Dios, porque la Biblia define la salvación muy claramente:

«Porque por gracia sois salvos por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios» (Efesios 2:8 (RVR1909)).

Tres palabras hacen el trabajo pesado aquí. Gracia —el favor inmerecido de Dios —. Salvos —rescatados de algo mortal—. Don —algo que recibes, no algo que ganas—. Júntalas: la salvación es el rescate de Dios de los pecadores, dado como un don, recibido por la fe. Eso es todo el asunto. De eso trata este libro.

Piensa en la salvación de la manera en que la propia palabra de la Biblia la pinta. La palabra griega sozo significa rescatar, liberar, sanar, hacer completo. Imagina a una persona ahogándose en el océano. No puede salvarse a sí misma —se está hundiendo—. La salvación es el cabo de rescate que se le lanza. Él no gana el cabo. Él no ayuda a hacer la cuerda. Su única parte es agarrarse. Eso es la fe: agarrarse de lo que Dios ya ha hecho por ti en Jesucristo.

Entonces, ¿de qué exactamente estás siendo salvado? De tres cosas, todas reales:

De la pena del pecado. La Biblia dice que la paga del pecado es muerte (Romanos 6:23) —no solo la muerte física, sino la separación eterna de Dios—. Jesús tomó esa pena en la cruz, para que tú no tengas que pagarla.

Del poder del pecado. El pecado no es solo una lista de malas acciones —es un amo que gobierna tu vida—. La salvación rompe ese dominio. Ya no eres esclavo del pecado.

De la presencia del pecado. Un día, en el cielo, el pecado habrá desaparecido por completo. Sin tentación, sin vergüenza, sin lucha. El capítulo final de la salvación es un mundo sin pecado.

¿Y para qué estás siendo salvado? También para tres cosas: una relación restaurada con Dios el Padre, una vida nueva potenciada por el Espíritu Santo, y un hogar eterno preparado por Jesucristo. La salvación no es solo rescate de algo malo. Es rescate hacia algo maravilloso.

Ahora aclaremos lo que la salvación no es, porque las definiciones equivocadas impiden que la gente la reciba.

La salvación no es religión. La religión dice: «Haz». El evangelio dice: «Hecho». El cristianismo no es una escalera que subes hasta Dios; es Dios bajando hasta ti en Jesucristo.

La salvación no es un sentimiento. Los sentimientos van y vienen. La salvación descansa sobre la promesa de Dios, no sobre tus emociones. Sentirás muchas cosas como creyente —pero tu posición ante Dios está anclada en la obra terminada de Cristo, no en tu estado de ánimo de hoy—.

La salvación no es una recompensa para gente buena. Nadie califica. Lo probaremos desde la Escritura en el próximo capítulo. La salvación es para pecadores —lo que significa que es para ti, y para mí, y para todo el que la reciba —.

Esta es la imagen que debes llevar: te estabas ahogando, y Dios lanzó la cuerda. Jesús es la cuerda. La salvación es agarrarse —por la fe— y ser llevado a seguridad. Todo lo demás en este libro trata de entender la cuerda, entender al rescatador, y aprender a mantenerse agarrado.

Tu paso de acción: Di esto en voz alta, despacio, hoy: «La salvación es el rescate de Dios, dado como un don, recibido por la fe». Luego abre tu Biblia —o una

aplicación de la Biblia— y lee Efesios 2:1-10. Rodea el versículo 8. Ese es tu versículo para este libro.

Capítulo 2: Por qué necesitamos ser salvados — El problema del pecado

Nadie quiere oír que es un pecador. Es la verdad más impopular del mundo —y la única verdad que debes enfrentar antes de que la salvación tenga algún sentido—. No puedes apreciar un rescate hasta que admitas que estás en problemas.

Aquí está el diagnóstico de Dios, claro y directo:

«Por cuanto todos pecaron, y están distituídos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23 (RVR1909)).

Todos. No algunos. No los peores ofensores. Todos. Eso te incluye a ti. Eso me incluye a mí. Eso incluye a la persona más amable que conoces. «Todos pecaron» significa que cada ser humano ha roto la ley de Dios, no ha alcanzado su norma, y ha quedado corto de su gloria. No es una comparación entre tú y tu vecino. Es una comparación entre tú y Dios —y contra su perfecta santidad, todos quedamos cortos—.

Puede que estés pensando: «Pero yo soy una buena persona». Comparado con un criminal, tal vez. Pero la norma de Dios no es «mejor que el promedio». Su norma es la perfección: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto» (Mateo 5:48 (RVR1909)). Una mentira, un pensamiento codicioso, un momento de odio —Jesús enseñó que el corazón es donde el pecado empieza (Mateo 5:21-28)—. Si alguna vez has mentido, robado, codiciado con la mirada, odiado, envidiado, o puesto algo antes que Dios, has pecado. Esos somos todos nosotros. Sin excepciones.

Ahora, ¿por qué importa tanto el pecado? Porque el pecado tiene un precio, y el precio es mortalmente serio:

«Porque la paga del pecado es muerte: mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 6:23 (RVR1909)).

La paga es lo que ganas. La muerte —muerte espiritual, separación de Dios— es lo que gana el pecado. Esto no es Dios siendo cruel; es Dios siendo santo. Un Dios santo no puede simplemente ignorar el pecado, así como un juez justo no puede

ignorar un crimen. Su justicia demanda que el pecado sea tratado. Y aquí está la parte que la gente pierde: el problema no es solo lo que hemos hecho. Es lo que somos.

«He aquí, en maldad he sido formado, Y en pecado me concibió mi madre» (Salmo 51:5 (RVR1909)). No somos pecadores porque pecamos; pecamos porque somos pecadores. El pecado está en nuestra naturaleza —heredado de Adán (Romanos 5:12)—. Por eso esforzarse más no funciona. No puedes arreglar un problema de naturaleza con un programa de conducta. Un manzano no se vuelve un naranjo esforzándose mucho. El árbol mismo tiene que cambiar.

Por eso cada intento humano de auto-salvación fracasa. ¿Ser una mejor persona? La norma es la perfección —ya la perdiste—. ¿Hacer más bien que mal? Dios no califica con curva. ¿Seguir reglas religiosas? Las reglas pueden manejar la conducta; no pueden cambiar un corazón. «No hay justo, ni aun uno» (Romanos 3:10 (RVR1909)). Cada religión del mundo excepto una dice: esto es lo que debes hacer para alcanzar a Dios. Solo el evangelio dice: esto es lo que Dios ha hecho para alcanzarte a ti.

Aquí están las buenas noticias escondidas dentro de las malas noticias: el diagnóstico de Dios siempre viene con la cura de Dios. El médico solo te dice que estás enfermo porque tiene la medicina. Dios nos muestra nuestro pecado no para aplastarnos, sino para llevarnos al Salvador. Jesús dijo que Él vino por los enfermos, no por los sanos (Marcos 2:17). Cuanto peor el diagnóstico, mayor el rescate —y los próximos capítulos tratan todos de ese rescate—.

Tu paso de acción: Sé honesto con Dios hoy. Ora: «Padre, admito que soy un pecador. He quedado corto de tu gloria. No puedo salvarme a mí mismo». No pases de prisa por esto. La confesión es la puerta —y la puerta lleva a un lugar maravilloso—.

Capítulo 3: Porque de tal manera amó Dios al mundo

Si toda la Biblia tuviera que comprimirse en un versículo, la mayoría de los cristianos escogería este. Es la frase más famosa de la Escritura —y la más malentendida—. Bajemos la velocidad y escuchemos lo que realmente está diciendo:

«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado á su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16 (RVR1909)).

Léelo palabra por palabra. Porque Dios —la salvación empieza con Dios, no contigo—. Antes de que tú pensaras en Él, Él estaba pensando en ti. Amó —no un cariño casual, sino un amor tan profundo que actuó, se movió, dio—. Al mundo —no a la gente buena, no a la gente religiosa, al mundo: todo el mundo rebelde, manchado de pecado, que ignora a Dios—. Eso incluye a la gente que tú crees que está demasiado perdida. Eso te incluye a ti en tu peor día. Que ha dado —el amor real da, y el dar de Dios le costó todo—. A su Hijo unigénito —el Padre dio lo que era más precioso para Él—. Para que todo aquel que en él cree —quien sea. Sin excepciones, sin letra pequeña—. No se pierda, mas tenga vida eterna —esa es la promesa, declarada como una certeza, no como una posibilidad—.

Jesús habló estas palabras a Nicodemo, un líder religioso que vino a Él de noche (Juan 3:1-21). Nicodemo dominaba la religión a la perfección —guardaba las reglas, conocía las Escrituras, se sentaba en el consejo gobernante—. Y Jesús le dijo que no era suficiente. Toda la religión de Nicodemo no podía salvarlo. Lo que necesitaba era creer en el Hijo que Dios había dado. La religión es el alcance del hombre hacia Dios. Juan 3:16 es el alcance de Dios hacia el hombre.

Esto es lo que hace tan asombroso este versículo: Dios amó al mundo mientras era su enemigo. Pablo escribe:

«Mas Dios encarece su caridad para con nosotros, porque siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Romanos 5:8 (RVR1909)).

Siendo. Aún. Pecadores. Dios no esperó a que arreglaras tu conducta. Él no amó la versión futura y mejorada de ti. Él te amó en tu pecado —y lo probó dando a su Hijo—. Esto destruye cada versión de la salvación-por-mérito. No eres amado y luego salvado. Eres amado primero, y el amor hace la salvación.

Ahora nota lo que el Padre dio: a su Hijo unigénito. Piensa en lo que eso significa. El Padre no envió a un ángel. No envió a un profeta. Envió a su Hijo —el Hijo eterno de Dios, que había compartido la gloria del Padre antes de que el mundo comenzara (Juan 17:5)— para volverse el Hijo del Hombre, para nacer en un establo, para vivir una vida perfecta, y para morir la muerte de un criminal. Esa es la medida del amor de Dios: Él dio lo mejor del cielo por lo peor de la tierra.

Y nota el resultado: no se pierda, mas tenga vida eterna. Dos destinos, sin punto medio. Perecer es enfrentar la separación eterna de Dios —la paga del pecado de la que hablamos—. La vida eterna no es solo vivir para siempre; es conocer a Dios —lo exploraremos en el capítulo final—. El versículo traza una línea, y la creencia en Jesús es lo que te mueve a través de ella.

Esta es la pregunta que este capítulo te deja: si Dios amó al mundo tanto —si dio a su único Hijo— ¿qué podría posiblemente impedirte recibirlo? No tu pasado. No tus fracasos. No tus dudas. El don ha sido dado. La única pregunta que queda es si lo tomarás.

Tu paso de acción: Escribe Juan 3:16 en una tarjeta o en tu teléfono, y pon tu nombre donde dice «el mundo»: «Porque de tal manera amó Dios a [tu nombre], que ha dado á su Hijo unigénito…». Léelo en voz alta tres veces hoy. Deja que el amor del Padre aterrice personalmente.

Capítulo 4: La cruz — Lo que Jesús hizo por ti

Dejamos el capítulo anterior con el amor de Dios dando a su Hijo. Este capítulo trata de lo que el Hijo hizo cuando vino —y por qué tuvo que pasar exactamente de la manera en que pasó—. Este es el centro de todo:

«El cual mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros siendo muertos á los pecados, vivamos á la justicia: por la herida del cual habéis sido sanados» (1 Pedro 2:24 (RVR1909)).

Él mismo llevó nuestros pecados. No un sacrificio de animal. No un símbolo. Jesús mismo —el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre— cargó tus pecados, en su propio cuerpo, sobre una cruz romana. Cada mentira que has dicho, cada pensamiento codicioso, cada acto de odio, cada momento de orgullo —puestos sobre Él—. Isaías lo vio siglos antes de que pasara:

«Mas él herido fué por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados: el castigo de nuestra paz sobre él; y por su llaga fuimos nosotros curados» (Isaías 53:5 (RVR1909)).

Herido por nuestras rebeliones. Molido por nuestros pecados. El castigo era nuestro; Él lo tomó. Esa es la palabra que usan los teólogos: sustitución. Jesús tomó tu lugar. En esa cruz, Dios trató a Jesús como si Él hubiera vivido tu vida pecaminosa —para que Dios pueda tratarte a ti como si hubieras vivido la vida

perfecta de Jesús—. Pablo lo dice claramente: «Al que no conoció pecado, hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2 Corintios 5:21 (RVR1909)). El gran intercambio. Tu pecado por su justicia.

Pero la cruz no es el fin de la historia. Jesús no solo murió —fue sepultado, y al tercer día resucitó—. Pablo define el evangelio con estos tres hechos:

«Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo fué muerto por nuestros pecados conforme á las Escrituras; Y que fué sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme á las Escrituras» (1 Corintios 15:3-4 (RVR1909)).

Murió. Fue sepultado. Resucitó. De primerísima importancia. La resurrección es lo que prueba que todo funcionó. Un salvador muerto no salva a nadie. Pero Jesús salió de esa tumba —visto por cientos de testigos (1 Corintios 15:6)— probando que Él había derrotado el pecado, la muerte y la tumba. «Sorbida es la muerte con victoria» (1 Corintios 15:54 (RVR1909)). Porque Él vive, todo el que confía en Él vivirá también (Juan 14:19).

¿Por qué tuvo que ser de esta manera? ¿Por qué no pudo Dios simplemente perdonar a todos sin la cruz? Porque Dios es a la vez amoroso y justo. Su amor quiere perdonar; su justicia demanda que el pecado sea castigado. La cruz es donde el amor y la justicia se encuentran: Dios castigó el pecado plenamente —en Jesús— para poder perdonar a los pecadores plenamente, con justicia. «Al cual Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre» (Romanos 3:25 (RVR1909)). Sin derramamiento de sangre no se hace remisión (Hebreos 9:22). La cruz no fue crueldad. Fue la única manera en que un Dios santo podía permanecer justo y aun así justificar a los pecadores (Romanos 3:26).

Una cosa más que la cruz prueba: esto está terminado. La última palabra de Jesús desde la cruz fue «Consumado es» (Juan 19:30 (RVR1909)) —no «estoy acabado», sino consumado es—. El pago está completo. La deuda está pagada en su totalidad. No queda nada para que tú añadas, nada para que tú ganes. Tu parte no es terminar la obra. Tu parte es recibir la obra terminada.

Tu paso de acción: Hoy, dale gracias a Jesús específicamente por la cruz. Ora: «Señor Jesús, gracias por llevar mis pecados en tu cuerpo sobre la cruz. Gracias por morir, ser sepultado, y resucitar por mí. Tu obra está terminada —y yo la recibo». Dilo en voz alta. Dilo en serio.

Capítulo 5: Cree en tu corazón y confiesa con tu boca

Hemos visto el problema (el pecado), el amor (el Padre dio a su Hijo), y el pago (la cruz y la resurrección). Ahora la pregunta se vuelve personal: ¿cómo lo recibes? ¿Cómo se mueve la salvación de algo que Jesús hizo hace dos mil años a algo que es verdad de ti hoy? Romanos 10 da la respuesta con una simplicidad hermosa:

«Que si confesares con tu boca al Señor Jesús, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia; mas con la boca se hace confesión para salud» (Romanos 10:9-10 (RVR1909)).

Dos acciones, una promesa. Cree en tu corazón. Confiesa con tu boca. Serás salvo. No «podrías serlo» ni «podrías serlo si eres suficientemente bueno». Serás salvo. Esa es la Palabra de Dios, y la Palabra de Dios no se rompe.

Tomémoslas una a la vez, porque cada una importa.

Cree en tu corazón. Esto no es conocimiento de cabeza. Los demonios creen que Dios existe —y tiemblan (Santiago 2:19)—. La creencia del corazón es confianza: apostar tu vida a la verdad de que Dios levantó a Jesús de los muertos. Es la diferencia entre creer que un paracaídas existe y ponértelo antes de saltar. Una es información. La otra es confianza de vida o muerte. Creer en tu corazón significa que ya no estás confiando en tu bondad, tu religión, tu bautismo de bebé, o la fe de tu familia. Estás confiando en Jesús —su muerte por tus pecados, su resurrección como prueba— y en Él solamente.

Confiesa con tu boca: «Jesús es Señor». La confesión es decir en voz alta lo que crees por dentro. Y nota la palabra Señor. No estás solo diciendo «Jesús es mi ayudante» o «Jesús es mi ejemplo». Lo estás declarando Señor —Amo, Rey, Aquel con el derecho de gobernar tu vida—. Por eso la «creencia» barata y casual que no cambia nada no es la cosa real. Confesar a Jesús como Señor es entregarle el volante. Él no pide un rincón de tu vida. Pide el trono.

Ahora, esto es en lo que la gente tropieza: piensan que estas dos acciones ganan la salvación, como pasos en un ritual. No. Creer y confesar no compran nada —son cómo recibes el don—. Piensa en el hombre que se ahoga otra vez: creer que la cuerda sostendrá es lo que hace que se agarre; clamar por ayuda es cómo se agarra. La cuerda hace la salvación. El agarrarse es el recibir.

Y mira el orden: el corazón primero, luego la boca. Lo que está dentro sale. Jesús dijo que de la abundancia del corazón habla la boca (Lucas 6:45). La confianza

real del corazón en Cristo siempre, eventualmente, hablará. Por eso la «fe» secreta, silenciosa, nunca hablada, que nunca confiesa a Cristo ante nadie vale la pena examinarse. La creencia verdadera habla.

Una pregunta que la gente hace: «¿Tengo que sentir algo cuando creo?». No. Los sentimientos pueden venir —gozo, paz, alivio— y son maravillosos. Pero tu salvación no descansa en un sentimiento. Descansa en la promesa de Dios: serás salvo. Si has creído en tu corazón y confesado con tu boca, eres salvo —sientas que lo eres o no—. Construiremos sobre esto en el capítulo de la seguridad.

Así que aquí estamos: el don ha sido dado, el precio ha sido pagado, y Romanos 10:9-10 te dice exactamente cómo recibirlo. Cree. Confiesa. Sé salvo. Sencillo —no porque sea superficial, sino porque Dios lo hizo sencillo a propósito—. Él quiere que estés seguro.

Tu paso de acción: Si no lo has hecho, hazlo hoy —ahora mismo—. Cree en tu corazón que Dios levantó a Jesús de los muertos. Luego di en voz alta: «Jesús es Señor». Dile a una persona hoy que has confiado en Cristo. La confesión empieza con la primera palabra que sale de tu boca.

Capítulo 6: «Todo aquel que invocare» — La salvación es para todos

Ahora Romanos 10 sigue, y ensancha la puerta hasta que nadie queda afuera. Este es uno de los pasajes más llenos de esperanza de toda la Biblia:

«Porque no hay diferencia de Judío y de Griego: porque el mismo que es Señor de todos, rico es para con todos los que le invocan: Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo» (Romanos 10:12-13 (RVR1909)).

Todo aquel que invocare. Detente y deja que eso penetre. No «todo el que sea suficientemente bueno». No «todo el del trasfondo correcto». No «todo el que tenga su vida en orden». Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. Si invocas, Él responde. Si pides, Él salva. Esa no es mi opinión —es la promesa de Dios, citada del profeta Joel (Joel 2:32) y repetida por el apóstol Pedro el día en que la iglesia nació (Hechos 2:21)—.

Piensa en a quién cubre esto. Cubre a la persona religiosa que se ve bien por fuera pero sabe que su corazón está vacío —como Nicodemo, como el apóstol Pablo antes de su conversión—. Cubre a la persona abiertamente pecadora —el ladrón

en la cruz junto a Jesús, que no tenía nada que ofrecer sino una súplica moribunda: «Acuérdate de mí cuando vinieres á tu reino» (Lucas 23:42 (RVR1909)). Y Jesús le respondió: «De cierto te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lucas 23:43 (RVR1909)). Un malhechor, salvado en su hora final, porque invocó.

Cubre cada nación, cada raza, cada idioma. Pablo dice que no hay diferencia —el evangelio borra cada muro divisorio—. En Cristo no hay Judío, ni Griego; no hay siervo, ni libre; no hay varón, ni hembra (Gálatas 3:28). Tu pasaporte no importa. Tu pasado no importa. Tu linaje no importa. El suelo está nivelado al pie de la cruz.

Cubre cada edad. Un niño puede invocar al Señor —Jesús acogía a los niños pequeños y dijo que de los tales es el reino de Dios (Marcos 10:14)—. Una persona anciana puede invocar —nunca es demasiado tarde mientras haya aliento—. El ladrón en la cruz prueba que la puerta permanece abierta hasta el mismo fin.

Entonces, ¿quién está excluido? Solo los que se niegan a invocar. Dios no deja a nadie afuera; la gente se deja afuera a sí misma rechazando el don. Jesús lloró sobre Jerusalén porque no quisieron venir a Él (Mateo 23:37). La puerta está abierta. La invitación es universal. La única barrera es un corazón humano que dice no.

Ahora, una advertencia contra una mentira sutil: «la salvación es para todos» no significa «todos son salvados automáticamente». La oportunidad universal no es salvación universal. Jesús dijo que el camino a la vida es angosto y pocos lo hallan (Mateo 7:14) —no porque Dios lo limite, sino porque muchos nunca invocan—. El don es ofrecido a todos; es recibido por los que creen. No confundas la puerta abierta con una casa ocupada.

He aquí por qué este capítulo importa tanto: la mentira favorita del diablo es «tú eres la excepción». Demasiado pecador. Demasiado perdido. Demasiado tarde. Demasiado roto. Romanos 10:13 es la respuesta directa de Dios a esa mentira: todos. Si eres alguien, estás incluido en todos. No hay pecado demasiado grande, ni pasado demasiado oscuro, ni persona demasiado perdida. La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado (1 Juan 1:7), y la promesa cubre a todos los que invocan.

Así que invoca. Esa es toda la aplicación. No algún día. No cuando seas mejor. Ahora.

Tu paso de acción: Si nunca lo has invocado, invócalo hoy —en voz alta, por nombre: «Señor Jesús, sálvame». Si ya lo has hecho, dile a una persona esta semana que la salvación es para todos —y dilo en serio—. Nadie está más allá de su alcance.

Capítulo 7: Por gracia mediante la fe, no por obras

Este es el capítulo por el que se peleó toda la Reforma. Es la doctrina que separa al cristianismo de cada otra religión en la tierra. Y es la verdad que el corazón humano más resiste, porque desesperadamente queremos contribuir. Escucha la Palabra de Dios:

«Porque por gracia sois salvos por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios: No por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8-9 (RVR1909)).

No por obras. Tres palabras que demuelen cada escalera al cielo que el hombre jamás ha construido. Déjame decirlo tan claramente como puedo: no puedes ganar la salvación. No siendo bueno. No yendo a la iglesia. No dando dinero. No bautizándote. No diciendo las oraciones correctas. No por nada que hagas. La salvación es por gracia —el favor inmerecido de Dios— mediante la fe —tu confianza en Cristo— y es el don de Dios.

¿Por qué «para que nadie se gloríe»? Porque si las obras contribuyeran aunque fuera un poco, el cielo estaría lleno de gente comparando currículos. «Yo fui mejor que tú». «Yo di más». «Yo oré más tiempo». Dios cerró esa puerta completamente. La salvación es 100 por ciento don, 0 por ciento salario. Si pudieras ganarla, no sería gracia. Pablo hace la lógica hermética: «Y si por gracia, luego no por las obras; de otra manera la gracia ya no es gracia» (Romanos 11:6 (RVR1909)). La gracia y las obras son como el aceite y el agua —no se mezclan como la base de la salvación—.

Ahora tratemos las objeciones, porque surgen cada vez.

«Pero, ¿no dice la Biblia que la fe sin obras es muerta?» Sí —Santiago 2:26 dice exactamente eso: «la fe sin obras es muerta»—. Pero Santiago está describiendo la evidencia de la fe salvadora, no el precio de la salvación. La fe real produce obras como un árbol sano produce fruto. El fruto no hace vivo al árbol; prueba que el árbol está vivo. Las obras son el resultado de la salvación, nunca el requisito para ella. Veremos esto claramente en el capítulo 12.

«¿Pero qué del bautismo / la membresía de iglesia / los sacramentos?» Todas cosas buenas —pero ninguna de ellas salva—. El ladrón en la cruz nunca fue bautizado, nunca tomó la comunión, nunca se unió a una iglesia —y Jesús dijo: «hoy estarás conmigo en el paraíso»—. Si el bautismo salvara, el ladrón estaría perdido. No lo está. El bautismo es obediencia después de la salvación (capítulo 11), no la causa de ella.

«Pero necesito arreglar mi vida primero, ¿verdad?» Falso —y esta mentira ha mantenido a más gente alejada de Cristo que casi cualquier otra—. Tú no te arreglas para ser salvado; eres salvado y Dios te arregla. Venir a Jesús sucio es todo el punto. Él dijo: «Venid á mí todos los que estáis trabajados y cargados» (Mateo 11:28 (RVR1909)) —no «venid a mí cuando estén presentables»—.

Aquí está la imagen que lo resuelve. Imagina que debes una deuda de diez millones de dólares —una deuda imposible—. Un amigo la paga en su totalidad y te entrega el recibo marcado PAGADO. Ahora imagina que insistes en pagarle un dólar al mes para «ayudar». Eso es insultante, no humilde —sugiere que su pago no fue suficiente—. Eso es lo que la salvación por obras le hace a la cruz. Dice: «Jesús, tu pago fue bueno, pero déjame añadir un poco». «Consumado es» (Juan 19:30 (RVR1909)) significa consumado. Pagado en su totalidad. Nada que añadir.

Entonces, ¿dónde deja eso tus buenas acciones? En su lugar propio: como gratitud, no como moneda. No obedeces para volverte hijo de Dios; obedeces porque eres hijo de Dios. El orden importa eternamente: la gracia primero, la gratitud segundo. Invierte el orden y obtienes religión. Hazlo bien y obtienes el evangelio.

Tu paso de acción: Examina tu corazón hoy. ¿Estás confiando en Jesús más algo —tu bondad, tu historial de iglesia, tus esfuerzos—? Ora: «Padre, dejo de tratar de ganar lo que ya has dado. Recibo la salvación por gracia mediante la fe solamente». Luego descansa. Para eso es la gracia.

Capítulo 8: Arrepiéntete y cree

La fe es solo la mitad de la respuesta que Dios pide. La otra mitad es el arrepentimiento —y malentender esta palabra ha hecho naufragar a muchos—. Escuchémoslo de Jesús mismo, en el primer sermón que jamás predicó:

«El tiempo es cumplido, y el reino de Dios está cerca: arrepentíos, y creed al evangelio» (Marcos 1:15 (RVR1909)).

Arrepiéntete y cree. Dos lados de una moneda. Pedro predicó el mismo mensaje en Pentecostés: «Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados» (Hechos 3:19 (RVR1909)). Entonces, ¿qué significa realmente «arrepentirse»?

La palabra griega es metanoia —literalmente, un cambio de mente—. No solo sentirse apenado. No solo llorar en un altar. Un cambio de mente tan profundo que cambia tu dirección. Imagina caminar hacia el este, luego dar la vuelta y caminar hacia el oeste. Eso es el arrepentimiento: estabas caminando lejos de Dios en tu pecado; te vuelves y caminas hacia Dios en fe. Sentirse apenado es emoción. El arrepentimiento es un giro en U.

Aclarémos tres malentendidos comunes.

El arrepentimiento no es perfección. No tienes que arreglar cada pecado antes de venir a Cristo —no puedes—. El arrepentimiento es la decisión de volverse, no la compleción del viaje. El hijo pródigo no se limpió en el chiquero antes de ir a casa. Solo se levantó y fue (Lucas 15:20) —y el Padre corrió a su encuentro mientras él aún estaba lejos—. Dios acepta el corazón que se vuelve, no el producto terminado.

El arrepentimiento no es solo sentirse mal. Judas se sintió terrible por traicionar a Jesús —arrojó la plata de vuelta y se ahorcó (Mateo 27:3-5)—. Pero el remordimiento sin volverse es solo desesperación. Pedro también le falló a Jesús —lo negó tres veces— pero Pedro se volvió, lloró, y fue restaurado (Juan 21:15-17). La diferencia entre Judas y Pedro no fue el tamaño del pecado. Fue la dirección del giro. El dolor que es según Dios obra arrepentimiento (2 Corintios 7:10); no es el arrepentimiento mismo.

El arrepentimiento no es una obra que gana la salvación. Algunas personas tratan el arrepentimiento como un pago —«renunciaré a X, Y y Z, y entonces Dios me salvará»—. No. El arrepentimiento es parte de recibir el don, no de comprarlo. Cuando te vuelves del pecado a Cristo, no estás ganando nada; solo estás mirando en la dirección correcta para recibir lo que es gratis.

Ahora, aquí está la parte hermosa: el arrepentimiento y la fe van juntos, y realmente no puedes tener uno sin el otro. Creer en Cristo es confiar en Él como Salvador —lo que significa volverse de confiar en ti mismo, tu pecado, tus ídolos —. Arrepentirse es volverse del pecado —lo que significa volverse hacia Alguien, y ese Alguien es Jesús—. Creer sin arrepentirse es querer un Salvador sin un Señor.

Arrepentirse sin creer es volverse del pecado sin ningún lugar adónde ir. Dios quiere ambos: vuélvete del pecado, vuélvete a Cristo.

¿Significa el arrepentimiento que nunca pecarás de nuevo? No —y quien te diga eso te está vendiendo algo—. Incluso el apóstol Pablo describió su lucha continua con el pecado (Romanos 7:15-25). El arrepentimiento cambia tu dirección, no tu perfección. Antes de Cristo, corrías hacia el pecado. Después del arrepentimiento, corres hacia Dios —y cuando tropiezas, te levantas, confiesas (1 Juan 1:9), y sigues corriendo en su dirección—. La dirección es lo que cambió.

Tu paso de acción: ¿Hay un pecado específico al que te has estado aferrando mientras tratas de aferrarte a Cristo también? Nómbralo ante Dios hoy —en voz alta—. Luego ora: «Padre, me vuelvo de este pecado y me vuelvo a Jesús. Me arrepiento y creo». Luego camina en la otra dirección. Eso es el arrepentimiento.

Capítulo 9: El nuevo nacimiento

Jesús le dijo algo a Nicodemo esa noche que todavía sobresalta a la gente hoy. El líder religioso había venido con respeto, llamando a Jesús «Rabí». Jesús cortó directamente a través de la cortesía hasta la verdad más profunda acerca de la salvación:

«De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios» (Juan 3:3 (RVR1909)).

Nacido otra vez. No mejorado. No reformado. No educado. Nacido —una segunda vez—. Nicodemo estaba confundido: «¿Cómo puede el hombre nacer siendo viejo? ¿puede entrar otra vez en el vientre de su madre, y nacer?» (Juan 3:4 (RVR1909)). Jesús no estaba hablando de un renacimiento físico. Estaba hablando de uno espiritual:

«Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es» (Juan 3:6 (RVR1909)).

Tu primer nacimiento te dio vida física. Tu segundo nacimiento —el nuevo nacimiento— te da vida espiritual. Antes de Cristo, la Biblia dice que estabas «muertos en vuestros delitos y pecados» (Efesios 2:1 (RVR1909)). La gente muerta no necesita mejoramiento; necesita vida. Eso es lo que es el nuevo nacimiento: Dios el Espíritu Santo soplando vida espiritual en un corazón muerto.

Esto es lo que pasa en el nuevo nacimiento, y es todo obra de Dios:

Te vuelves una nueva creación. «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2 Corintios 5:17 (RVR1909)). Esto no es una renovación cosmética —es una re-creación—. Dios no renueva el viejo tú; Él crea un nuevo tú. Tu pasado ya no te define. Tu pecado ya no te posee. Eres nuevo.

Recibes un corazón nuevo. Dios prometió por medio de Ezequiel: «Y os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré corazón de carne» (Ezequiel 36:26 (RVR1909)). El corazón de piedra —frío, sin respuesta a Dios— es reemplazado con un corazón de carne —vivo, tierno, sensible—. Por eso las cosas cambian después de la salvación: empiezas a amar lo que Dios ama y a odiar lo que Dios odia, porque tu corazón es literalmente nuevo.

Te vuelves hijo de Dios. «Mas á todos los que le recibieron, dióles potestad de ser hechos hijos de Dios, á los que creen en su nombre» (Juan 1:12 (RVR1909)). El nuevo nacimiento te hace familia. No un siervo esperando salario —un hijo con un Padre—. El Espíritu Santo mismo da testimonio a tu espíritu de que eres hijo de Dios (Romanos 8:16).

Eres sellado por el Espíritu. «fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, Que es las arras de nuestra herencia» (Efesios 1:13-14 (RVR1909)). Un sello significa propiedad y seguridad. Dios te marca como suyo, y el Espíritu en ti es su pago inicial —garantizando que lo que Él empezó, Él lo terminará—.

Ahora, ¿cómo pasa el nuevo nacimiento? Jesús dijo que el Espíritu trabaja como el viento: «El viento de donde quiere sopla, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni á dónde vaya: así es todo aquel que es nacido del Espíritu» (Juan 3:8 (RVR1909)). Tú no controlas al Espíritu. Tú no fabricas el nuevo nacimiento. Pasa cuando te arrepientes y crees —y Dios hace el milagro—. Tu parte es la fe; su parte es todo lo demás.

¿Cómo sabes que te ha pasado a ti? Busca la evidencia: un amor nuevo por Dios, un odio nuevo al pecado, un hambre nueva por su Palabra, un amor nuevo por su pueblo. No perfección —dirección—. El cristiano recién nacido tropieza como un bebé recién nacido aprendiendo a caminar. Pero los bebés crecen. Y tú también crecerás.

Tu paso de acción: Pregúntate honestamente: ¿he nacido otra vez —o solo he sido religioso—? Si no estás seguro, no entres en pánico —resuélvelo hoy—. Ora: «Padre, por tu Espíritu Santo, dame nuevo nacimiento. Me arrepiento y creo en Jesús». Luego observa cómo la nueva vida crece.

Capítulo 10: Seguridad — Cómo puedes saber que eres salvo

De todas las preguntas que los cristianos hacen, esta puede ser la más común: «¿Cómo puedo saber que realmente soy salvo?». Al diablo le encanta susurrar duda al oído de un creyente: «¿Estás seguro? ¿Y qué de ese pecado? ¿Y si no oraste bien? ¿Y si te estás engañando?». Respondamos el susurro con la Palabra de Dios —porque Dios quiere que sepas—:

«Estas cosas he escrito á vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna» (1 Juan 5:13 (RVR1909)).

Lee eso de nuevo. Para que sepáis. No adivines. No esperes. No te lo preguntes. Sepas. La seguridad no es arrogancia —es lo que Dios se propuso—. Él escribió la Escritura para que los creyentes tuvieran confianza asentada. Si eres hijo de Dios, no tienes que vivir con temor acerca de ello.

Aquí hay cinco anclas para tu seguridad. Cuando venga la duda, párate sobre estas:

- La promesa de la Palabra de Dios. «todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo» (Romanos 10:13 (RVR1909)). ¿Invocaste? Entonces eres salvo —no porque te sientas salvo, sino porque Dios lo dijo—. Su Palabra es más confiable que tus emociones. Los sentimientos son el clima; las promesas son la roca. Construye sobre la roca.
- La obra terminada de Cristo. Tu salvación no depende de tu desempeño; depende del suyo. «Consumado es» (Juan 19:30 (RVR1909)). Si tu salvación dependiera de que nunca pecaras de nuevo, nadie sería salvo. Depende del sacrificio perfecto de Jesús —y eso no se puede deshacer—.
- El testimonio del Espíritu Santo. «el mismo Espíritu da testimonio á nuestro espíritu que somos hijos de Dios» (Romanos 8:16 (RVR1909)). Hay un testimonio interior —una confianza quieta que el Espíritu da— de que perteneces a Dios. No es ruidoso ni dramático. Es el sentido asentado de «Abba, Padre» (Romanos 8:15 (RVR1909)) cuando oras.

- La evidencia de una vida cambiada. «Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte á vida, en que amamos á los hermanos» (1 Juan 3:14 (RVR1909)). Un corazón cambiado produce fruto cambiado: amor por el pueblo de Dios, hambre por su Palabra, convicción sobre el pecado, deseo de obedecer. No perfección —sino dirección—. El hecho de que te importe si eres salvo es en sí mismo evidencia de que el Espíritu está obrando en ti. Los corazones muertos no se preocupan por Dios.
- La perseverancia que Dios garantiza. Jesús dijo de sus ovejas: «Y yo les doy vida eterna y no perecerán para siempre, ni nadie las arrebatará de mi mano» (Juan 10:28 (RVR1909)). Nadie —incluyéndote a ti—. Dios no te salva y luego deja el guardarte a ti. «el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará» (Filipenses 1:6 (RVR1909)). Él la empieza. Él la termina.

Ahora, una advertencia honesta: la seguridad pertenece a los creyentes. Si alguien dice ser salvo pero vive en pecado sin arrepentimiento, sin convicción, sin amor por Dios, sin fruto alguno —la Biblia dice que te examines a ti mismo (2 Corintios 13:5)—. La seguridad no es una manta que arrojas sobre una vida que niega a Cristo. Pero si te has arrepentido, has creído, y ves la obra del Espíritu en tu vida —aunque imperfectamente— entonces la duda es una mentirosa. Dile lo que Dios dijo.

Tu paso de acción: Memoriza 1 Juan 5:13 esta semana —escríbelo en una tarjeta, ponlo en tu espejo—. La próxima vez que la duda susurre, responde en voz alta: «Dios lo escribió para que yo sepa que tengo vida eterna. Creo su Palabra por encima de mis sentimientos».

Capítulo 11: El bautismo y la vida salvada

Una vez que eres salvo, ¿qué sigue? El primer paso de obediencia que Jesús dio a sus seguidores es el bautismo. Pero el bautismo es ampliamente malentendido —algunos lo tratan como opcional, otros lo tratan como lo que te salva—. La Palabra de Dios lo pone en su lugar propio:

«Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hechos 2:38 (RVR1909)).

Nota el orden: arrepiéntete primero —luego bautízate—. En cada conversión en el libro de Hechos, el patrón es el mismo: la gente cree, luego es bautizada (Hechos

2:41, 8:12, 8:36-38, 10:47-48, 16:31-33). El bautismo siempre sigue a la fe. Nunca la crea. El ladrón en la cruz fue salvado sin bautismo —prueba de que el bautismo no salva—. Pero los casi 3.000 salvados en Pentecostés fueron bautizados el mismo día —prueba de que el bautismo importa—.

Entonces, ¿qué es el bautismo? Es una imagen externa de una realidad interna. Pablo lo explica:

«Porque somos sepultados juntamente con él á muerte por el bautismo; para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida» (Romanos 6:4 (RVR1909)).

Entrar bajo el agua pinta la muerte y la sepultura de Cristo —y tu viejo yo muriendo con Él—. Salir del agua pinta su resurrección —y tu nueva vida en Él—. El bautismo es una declaración pública: «Morí con Cristo, y resucité con Cristo. Mi vida vieja está sepultada. Mi vida nueva ha comenzado». No es la boda —es el anillo de bodas—. El anillo no te hace casado; muestra que estás casado.

Por eso el bautismo es por inmersión después de creer —la imagen solo funciona si hay una muerte, una sepultura y una resurrección que pintar—. Y por eso es público: Jesús dijo: «Cualquiera pues que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo también delante de mi Padre que está en los cielos» (Mateo 10:32 (RVR1909)). El bautismo es una de las primeras maneras en que lo reconoces.

Pero el bautismo es solo el principio de la vida salvada. La salvación no es la línea de meta —es la línea de salida—. Así se ve la vida salvada día a día:

Aliméntate de la Palabra de Dios. «Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual, sin engaño, para que por ella crezcáis» (1 Pedro 2:2 (RVR1909)). Los bebés necesitan leche para crecer; los creyentes necesitan la Palabra. Léela diariamente —incluso un capítulo al día cambiará tu vida con el tiempo—.

Ora sin cesar. La oración es hablar con tu Padre —por medio de Jesucristo, por el Espíritu Santo—. «Orad sin cesar» (1 Tesalonicenses 5:17 (RVR1909)). No oraciones elegantes. Honestas. Dale gracias, confiésale, pídele, escúchalo. La oración es la respiración de la vida salvada.

Congrégate con el pueblo de Dios. «No dejando nuestra congregación, como algunos tienen por costumbre, mas exhortándonos» (Hebreos 10:25 (RVR1909)). Tú necesitas la iglesia, y la iglesia te necesita a ti. El cristianismo de lobo solitario no sobrevive. Encuentra una iglesia que crea la Biblia y plántate.

Obedece lo que aprendes. Jesús dijo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Juan 14:15 (RVR1909)). La obediencia no es cómo te mantienes salvo —es cómo muestras que eres salvo, y es cómo creces—. Cuando la Palabra te convenza, obedece rápidamente. La obediencia demorada es desobediencia.

Anda por el Espíritu. «Andad en el Espíritu, y no satisfagáis la concupiscencia de la carne» (Gálatas 5:16 (RVR1909)). El Espíritu Santo que te dio nuevo nacimiento ahora guía tus pasos diarios. Escúchalo. Sigue sus impulsos. Él nunca te guiará contra la Escritura.

La vida salvada no es complicada: cree, bautízate, aliméntate, ora, congrégate, obedece, anda. Un día a la vez, por el resto de tu vida.

Tu paso de acción: Si has confiado en Cristo pero nunca has sido bautizado, da el paso: habla con tu pastor esta semana acerca de ser bautizado. Si ya has sido bautizado, escoge una disciplina de este capítulo —lectura diaria de la Biblia, oración diaria, o congregación fiel en la iglesia— y comprométete a ella empezando hoy.

Capítulo 12: Salvado para un propósito — Buenas obras

Aquí está la pregunta que confunde a la gente: si somos salvados por gracia mediante la fe y no por obras, ¿importan las obras en algo? Absolutamente —pero en el orden correcto—. Escucha el versículo que viene justo después del famoso pasaje de la gracia:

«Porque somos hechura suya, criados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó para que anduviésemos en ellas» (Efesios 2:10 (RVR1909)).

Efesios 2:8-9 dice que somos salvados por gracia mediante la fe, no por obras. Efesios 2:10 dice que somos salvados para buenas obras. No por obras —para obras—. Ese es el orden, y el orden lo es todo. Las obras no son la raíz de la salvación; son el fruto de ella. Dios te salvó, y luego te entregó una asignación: buenas obras que Él preparó de antemano, solo para ti.

Piénsalo así: un árbol no se vuelve vivo produciendo fruto. Está vivo primero —luego el fruto crece naturalmente—. Jesús dijo: «todo buen árbol lleva buenos frutos» (Mateo 7:17 (RVR1909)). El fruto no hace bueno al árbol; el árbol bueno hace el fruto. De la misma manera, las buenas obras no te hacen salvo; la persona salvada hace buenas obras. Si no hay fruto alguno, Jesús dice que revises el árbol.

Entonces, ¿qué son estas «buenas obras, las cuales Dios preparó»? No son vagas. La Escritura las nombra:

Ama a tu prójimo. «Amarás á tu prójimo como á ti mismo» (Marcos 12:31 (RVR1909)). La vida salvada derrama amor —en tu hogar, tu lugar de trabajo, tu comunidad—.

Sirve a otros. «servíos por amor los unos á los otros» (Gálatas 5:13 (RVR1909)). Jesús lavó los pies de sus discípulos (Juan 13:14-15). La grandeza en el reino de Dios se mide en toallas, no en títulos.

Da generosamente. «Dios ama el dador alegre» (2 Corintios 9:7 (RVR1909)). Tu dinero, tu tiempo, tus recursos —todos herramientas para buenas obras—.

Haz justicia y muestra misericordia. «solamente hacer juicio, y amar misericordia, y humillarte para andar con tu Dios» (Miqueas 6:8 (RVR1909)). Alimenta al hambriento, defiende al débil, visita al solitario (Mateo 25:35-36, Santiago 1:27).

Comparte el evangelio. La mayor buena obra es contarles a otros acerca de Cristo —ese es todo el próximo capítulo—.

Esto es lo que significa prácticamente: Dios tiene asignaciones con tu nombre en ellas. No las asignaciones de otro —las tuyas—. Preparadas de antemano. Eso significa que tu vida tiene propósito más allá de la supervivencia y la comodidad. El vecino solitario, el compañero de trabajo en lucha, el niño que necesita un mentor, el ministerio que necesita un voluntario —algunas de esas buenas obras tienen tu nombre escrito en ellas en el cielo—.

Pero escucha la advertencia también: las buenas obras hechas para ganar la salvación no valen nada para Dios. Isaías dice que nuestros actos de justicia son como trapo de inmundicia cuando se ofrecen como pago (Isaías 64:6). La diferencia es el motivo. La persona religiosa hace buenas obras para ser aceptada. La persona salvada hace buenas obras porque es aceptada. Las mismas acciones, motores opuestos. Uno es un asalariado; el otro es un hijo agradecido.

Así que no preguntes: «¿Cuán poco puedo hacer y aún ser salvo?». Pregunta: «¿Cuánto puedo hacer porque soy salvo?». Esa es la pregunta de un corazón hecho nuevo. Dios no te rescató para sentarte en la orilla. Te rescató para unirte a la misión de rescate.

Tu paso de acción: Haz una buena obra deliberada hoy —algo por lo que nadie te dará las gracias—. Ayuda a un vecino, anima a un compañero de trabajo, da a alguien en necesidad. Luego ora: «Padre, muéstrame las buenas obras que has preparado para mí». Y observa la respuesta.

Capítulo 13: Compartir el evangelio con otros

Fuiste rescatado. Ahora eres parte del equipo de rescate. Antes de que Jesús ascendiera al cielo, dio a sus seguidores sus órdenes de marcha —y esas órdenes nunca han sido revocadas—:

«Por tanto, id, y doctrinad á todos los Gentiles, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: Enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado» (Mateo 28:19-20 (RVR1909)).

Esta es la Gran Comisión, y es dada a cada creyente —no solo a pastores, misioneros y evangelistas—. Si eres salvo, eres enviado. No necesitas un título de seminario para contarle a alguien lo que Jesús hizo por ti. Solo necesitas una historia y un Salvador.

¿Por qué tantos cristianos permanecen en silencio? Usualmente es temor: temor al rechazo, temor de no saber suficiente, temor de echarlo a perder. Tratemos cada uno con la Escritura.

«¿Y si me rechazan?» Algunos lo harán. Jesús lo prometió: «Si el mundo os aborrece, sabed que á mí me aborreció antes que á vosotros» (Juan 15:18 (RVR1909)). Pero el rechazo del mensaje no es fracaso —el silencio lo es—. Tú eres responsable de compartir; Dios es responsable de salvar. Pablo plantó, Apolos regó, «mas Dios ha dado el crecimiento» (1 Corintios 3:6 (RVR1909)). Tu trabajo es la fidelidad, no los resultados.

«¿Y si no sé suficiente?» Sabes suficiente para contar tu historia. El ciego que Jesús sanó no tenía un título de teología. Cuando los fariseos lo interrogaron, dijo: «una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo» (Juan 9:25 (RVR1909)). Eso es un testimonio, y nadie puede argumentar con él. Cuéntale a la gente lo que Jesús hizo por ti. Eso es el evangelismo en su núcleo.

«¿Y si lo echo a perder?» No puedes echar a perder el evangelio compartiéndolo sinceramente. La Palabra de Dios no vuelve vacía (Isaías 55:11). Y recuerda —tú no estás salvando a nadie—. El Espíritu Santo convence (Juan 16:8). Tú eres solo el

mensajero. Un cartero no se preocupa por escribir la carta perfectamente; solo la entrega.

Aquí hay una manera sencilla de compartir el evangelio —cinco puntos que puedes aprender hoy—:

- Dios te ama (Juan 3:16). Empieza con amor, no con condenación.
- El pecado te separa de Dios (Romanos 3:23, 6:23). Sé honesto acerca del problema.
- Jesús murió y resucitó para salvarte (1 Corintios 15:3-4). Dales la cruz y la tumba vacía.
- Debes arrepentirte y creer (Marcos 1:15, Romanos 10:9). Diles cómo responder.
- Puedes recibirlo ahora mismo (Romanos 10:13). Invítalos. No lo dejes colgando.

Y no subestimes cómo compartes. «estad siempre aparejados para responder con mansedumbre y reverencia á cada uno que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros» (1 Pedro 3:15 (RVR1909)). Mansedumbre y respeto. Nada de argumentar a la gente hasta el cielo —no puedes—. Nada de condenar a la gente hasta el reino —eso nunca funcionó—. Habla la verdad en amor (Efesios 4:15), vive una vida que haga que la gente pregunte acerca de tu esperanza, y está listo cuando lo hagan.

Una cosa más: empieza donde estás. Tu campo misionero no está necesariamente al otro lado del mar —está en tu hogar, tu lugar de trabajo, tu vecindario, tus contactos del teléfono—. «y me sereís testigos en Jerusalem, y en toda Judea, y Samaria, y hasta lo último de la tierra» (Hechos 1:8 (RVR1909)). Jerusalén primero —tu propio patio trasero—. ¿Quién en tu vida no conoce a Cristo? Esa es tu asignación.

Tu paso de acción: Escribe los nombres de tres personas en tu vida que no conocen a Jesús. Ora por ellas por nombre cada día esta semana. Luego busca una puerta abierta —una conversación, una invitación, un acto de amor— para señalarles a Cristo. Ve.

Capítulo 14: La vida eterna empieza ahora

La mayoría de la gente piensa que la vida eterna es algo que empieza cuando mueres. El cielo algún día, muy lejos. Pero Jesús definió la vida eterna de una manera que cambia todo acerca de cómo vives hoy:

«Esta empero es la vida eterna: que te conozcan el solo Dios verdadero, y á Jesucristo, al cual has enviado» (Juan 17:3 (RVR1909)).

La vida eterna no es primariamente un lugar o una duración. Es una relación. Conocer a Dios —el solo Dios verdadero— y a Jesucristo, a quien Él ha enviado. Y aquí está la parte asombrosa: ese conocer empieza en el momento en que eres salvo. No esperas al cielo para tener vida eterna. Si has confiado en Cristo, tienes vida eterna —ahora mismo—. Jesús dijo: «De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me ha enviado, tiene vida eterna» (Juan 5:24 (RVR1909)). Tiene. Tiempo presente. Ya tuya.

Piensa en lo que eso significa. La misma vida que disfrutarás en el cielo —conocer a Dios, caminar con Cristo, lleno del Espíritu— ya ha comenzado en ti. El cielo no es el comienzo de la vida eterna; es la continuación de ella, sin pecado, tristeza ni muerte. No estás esperando obtener vida eterna. Estás esperando que la vida eterna reciba su mejora final.

Esto cambia cómo vives hoy de tres maneras.

Primero, vives con propósito. Si la vida eterna es conocer a Dios, entonces cada día es una oportunidad de conocerlo mejor. La oración no es un deber —es conversación con Aquel con quien pasarás la eternidad—. La lectura de la Biblia no es tarea —es llegar a conocer a tu Padre eterno—. La adoración no es un evento de domingo —es práctica para lo que harás para siempre (Apocalipsis 4:11)—.

Segundo, vives con esperanza. Este mundo no es tu hogar. «nuestra vivienda es en los cielos» (Filipenses 3:20 (RVR1909)). Eso no te hace inútil aquí —te hace inquebrantable aquí—. La pérdida de empleo, la enfermedad, el duelo —ninguno de ellos tiene la última palabra, porque tu vida no termina en la tumba—. «Y limpiará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y la muerte no será más; y no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor» (Apocalipsis 21:4 (RVR1909)). Ese es tu futuro. Vive hoy a la luz de ello.

Tercero, vives con urgencia. Si la vida eterna es conocer a Dios, entonces la gente que no lo conoce no la tiene —y el tiempo es corto—. «he aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salud» (2 Corintios 6:2 (RVR1909)). Cada día que vives es un día en que alguien cerca de ti podría oír el evangelio por primera vez. La eternidad pone una urgencia santa en los días ordinarios.

¿Y qué del cielo mismo —qué estamos realmente esperando—? La Escritura nos da destellos: un lugar sin más muerte, llanto, clamor ni dolor (Apocalipsis 21:4). Un lugar donde vemos a Jesús cara á cara (1 Corintios 13:12). Un lugar preparado por Cristo mismo: «En la casa de mi Padre muchas moradas hay… voy, pues, á preparar lugar para vosotros» (Juan 14:2 (RVR1909)). No más pecado. No más noche. No más maldición (Apocalipsis 22:3-5). Para siempre con el Señor (1 Tesalonicenses 4:17).

Pero aquí está la verdad más grande acerca del cielo: la mejor parte no son las calles de oro ni la ausencia de dolor. La mejor parte es Él. «Hartura de alegrías hay con tu rostro» (Salmo 16:11 (RVR1909)). El cielo es el cielo porque Dios está ahí. Y porque la vida eterna empieza ahora, puedes gustar ese gozo hoy —en la oración, en la adoración, en su Palabra, en su presencia por el Espíritu—.

Rescatado del pecado. Redimido por la sangre. Restaurado al Padre. Eso es la salvación —y es tuya, ahora y para siempre—.

Tu paso de acción: Pasa diez minutos sin interrupción con Dios hoy —sin teléfono, sin agenda—. Solo tú y Él. Lee Juan 17 despacio, luego siéntate en su presencia. Esto es la vida eterna: conocerlo. Empieza ahora.

Apéndice: Respuestas directas sobre la salvación

P: ¿Qué debo hacer para ser salvo?

Arrepiéntete y cree. Vuélvete de tu pecado y vuélvete a Jesucristo —cree en tu corazón que Dios lo levantó de los muertos, y confiesa con tu boca que Jesús es Señor (Romanos 10:9, Marcos 1:15)—. Eso es todo. No «cree más sé suficientemente bueno». No «cree más bautízate primero». Cree y arrepiéntete —y serás salvo (Romanos 10:13)—. Si nunca lo has hecho, puedes hacerlo ahora mismo, dondequiera que estés. Dios no está esperando que mejores. Está esperando que vengas.

P: ¿Puedo perder mi salvación?

No —no si es real—. Jesús dijo de sus ovejas: «ni nadie las arrebatará de mi mano» (Juan 10:28) —y «nadie» te incluye a ti—. La salvación es la obra de Dios de principio a fin: Él te escogió, Cristo murió por ti, el Espíritu te selló (Efesios 1:13-14), y «el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará» (Filipenses 1:6). Tú no la ganaste, así que no puedes des-ganarla. Lo que sí puedes hacer es

desobedecer y perder la comunión, el gozo y la recompensa —como el hijo pródigo, que seguía siendo un hijo en el chiquero (Lucas 15)—. Pero un verdadero hijo de Dios no deja de ser su hijo.

P: ¿Qué de la gente que nunca oye el evangelio?

Dios es perfectamente justo y perfectamente misericordioso —Él hará lo que es justo (Génesis 18:25)—. La Escritura dice que la gente es responsable por la luz que tiene: la creación revela el poder y la naturaleza de Dios, «de modo que son inexcusables» (Romanos 1:20 (RVR1909)). También dice que Dios quiere que todos los hombres sean salvos (1 Timoteo 2:4) y que los que lo busquen sinceramente lo hallarán (Jeremías 29:13). Esto es de lo que puedes estar seguro: nadie será condenado injustamente, y nadie que verdaderamente busque a Dios será rechazado. Tu trabajo no es resolver este misterio —es asegurarte de que todos los que puedas alcanzar oigan el evangelio (Mateo 28:19)—.

P: ¿Y si no me siento salvo?

Entonces estás confiando en tus sentimientos en lugar de la Palabra de Dios —y los sentimientos son pésimos teólogos—. La salvación descansa en la promesa de Dios, no en tus emociones: «todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo» (Romanos 10:13 (RVR1909)). ¿Te arrepentiste y creíste? Entonces eres salvo, sientas ganas de gritar o no sientas nada en absoluto. Los sentimientos siguen a la fe mucho más confiablemente que la fe sigue a los sentimientos. Párate sobre 1 Juan 5:13 —Dios lo escribió para que sepas—. Dile a tus sentimientos lo que Dios dijo, no al revés.

P: ¿Tengo que ser bautizado para ser salvo?

No —pero deberías ser bautizado porque eres salvo—. El bautismo sigue a la fe en cada conversión en Hechos; nunca causa la salvación. El ladrón en la cruz fue al paraíso sin bautismo (Lucas 23:43). El bautismo es tu declaración pública —sepultado con Cristo, resucitado a nueva vida (Romanos 6:4)—. Piensa anillo de bodas, no boda: el anillo muestra que estás casado; no te hace casado. Si has confiado en Cristo y no has sido bautizado, obedécelo y hazlo. Pero nunca confíes en tu bautismo para tu salvación. Confía en Cristo.

P: ¿Y si oré una oración de niño pero nada cambió?

Entonces examina lo que realmente pasó. Una oración no te salva —Cristo te salva, por medio de la fe arrepentida—. Si repetiste palabras sin entender, sin

arrepentimiento, sin confianza real, eso fue un ritual, no un renacimiento. Pero no desesperes —la puerta de Dios sigue abierta—. «Examinaos á vosotros mismos si estáis en fe» (2 Corintios 13:5 (RVR1909)). Si no estás seguro, resuélvelo hoy: arrepiéntete, cree, confiesa a Cristo como Señor —de verdad esta vez—. Dios no está llevando la cuenta de cuántas veces oraste. Está esperando la oración que es verdadera.

P: He hecho cosas terribles. ¿Puede Dios realmente perdonarme?

Sí —para eso exactamente es el evangelio—. «cuando el pecado creció, sobrepujó la gracia» (Romanos 5:20 (RVR1909)). Pablo se llamó a sí mismo el primero de los pecadores —un perseguidor y asesino de cristianos— y Cristo lo salvó para mostrar que nadie está más allá de la misericordia (1 Timoteo 1:15-16). La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado (1 Juan 1:7) —no de la mayoría del pecado, no del pecado pequeño, de todo pecado—. Tu pasado no es más grande que la cruz. Si te arrepientes y crees, Dios no solo te perdona —Él aleja tu pecado «Cuanto está lejos el oriente del occidente» (Salmo 103:12 (RVR1909)) y no se acuerda más de él.

P: ¿Cuál es la diferencia entre creer y solo estar de acuerdo en que es verdad?

Todo. Los demonios creen que Dios existe —y tiemblan (Santiago 2:19)—. Estar de acuerdo en que el cristianismo es verdad es conocimiento de cabeza; la fe salvadora es confianza del corazón. Es la diferencia entre creer que un paracaídas funciona y ponerte uno antes de saltar. La fe salvadora recibe a Cristo (Juan 1:12), confía en Él solamente para la salvación, y se rinde a Él como Señor (Romanos 10:9). Siempre produce una dirección cambiada —no perfección, sino arrepentimiento, amor por Dios, y hambre por su Palabra—. Si tu «creencia» nunca ha cambiado nada, pídele a Dios la cosa real.

P: ¿Necesito unirme a una iglesia para ser salvo?

No —la salvación es entre tú y Dios por medio de Cristo solamente—. El ladrón en la cruz nunca se unió a una iglesia. Pero esto es lo cierto: cada persona salvada en la Escritura quiso inmediatamente al pueblo de Dios. «No dejando nuestra congregación» (Hebreos 10:25 (RVR1909)). Un cristiano que rechaza la iglesia es como un recién nacido que rechaza la comida —algo está mal—. Necesitas enseñanza, comunión, rendición de cuentas y ánimo, y la iglesia te necesita a ti. La iglesia no te salva, pero la gente salvada va a la iglesia. Encuentra una iglesia que crea la Biblia y plántate ahí.

P: ¿Qué de mis seres queridos que murieron sin Cristo?

Esta es una de las preguntas más duras, y no pretenderé que no es dolorosa. La Escritura es clara en que nuestro destino eterno se decide en esta vida: «está establecido á los hombres que mueran una vez, y después el juicio» (Hebreos 9:27 (RVR1909)). No hay segundas oportunidades después de la muerte, y nadie puede creer por otro. Pero esto es a lo que puedes aferrarte: Dios es perfectamente justo y perfectamente amoroso —Él nunca se equivoca—. Confía en su carácter cuando no puedes ver sus razones. Y deja que el dolor alimente tu urgencia: cuéntale a los vivos mientras aún hay tiempo (2 Corintios 6:2).

P: ¿Es alguna vez demasiado tarde para ser salvo?

No mientras estés respirando. El ladrón en la cruz fue salvado en sus horas finales sin nada que ofrecer sino una súplica (Lucas 23:42-43). Mientras tengas vida, tienes oportunidad: «Si oyereis hoy su voz, No endurezcáis vuestros corazones» (Hebreos 3:15 (RVR1909)). Pero no confundas la paciencia de Dios con permiso para esperar. No tienes prometido el mañana (Santiago 4:14), y los corazones se endurecen cuanto más resisten. El mejor momento para ser salvo fue hace años. El segundo mejor momento es ahora mismo. No esperes.

P: ¿Cómo es el cristianismo diferente de otras religiones?

Cada otra religión dice: esto es lo que debes hacer para alcanzar a Dios. Solo el cristianismo dice: esto es lo que Dios ha hecho para alcanzarte a ti. La religión es la subida del hombre hacia arriba; el evangelio es el descenso de Dios hacia abajo —el Padre enviando a su Hijo, el Hijo muriendo en tu lugar, el Espíritu dándote nuevo nacimiento—. Otros sistemas ofrecen consejo; Cristo se ofrece a sí mismo. Otros fundadores murieron; Jesús resucitó (1 Corintios 15:3-4). El cristianismo no es buen consejo acerca de cómo vivir —son buenas noticias acerca de lo que ha sido hecho—. «Y en ningún otro hay salud; porque no hay otro nombre debajo del cielo, dado á los hombres, en que podamos ser salvos» (Hechos 4:12 (RVR1909)).

P: Sigo pecando después de ser salvo. ¿Soy realmente salvo?

Luchar con el pecado no significa que no eres salvo —significa que estás en una guerra, y las guerras tienen batallas—. Incluso el apóstol Pablo describió su lucha continua: «Porque no hago el bien que quiero; mas el mal que no quiero, éste hago» (Romanos 7:19 (RVR1909)). La pregunta no es si pecas; es qué te hace el pecado ahora. Antes de Cristo, corrías hacia el pecado. Ahora te convence, te

duele, te lleva a la confesión (1 Juan 1:9). Ese dolor es la obra del Espíritu —y es evidencia de que eres suyo—. Sigue peleando, sigue confesando, sigue caminando. Dirección, no perfección.

P: ¿Qué debería hacer justo después de confiar en Cristo?

Tres cosas, en orden: cuéntaselo a alguien, bautízate, y conéctate. Cuéntaselo a alguien hoy —la confesión empieza con tu boca (Romanos 10:10)—. Habla con un pastor acerca del bautismo —tu primer paso de obediencia (Hechos 2:38, 2:41)—. Y encuentra una iglesia que crea la Biblia esta semana —necesitas al pueblo de Dios (Hebreos 10:25)—. Luego empieza hábitos diarios: lee la Palabra de Dios (empieza con el Evangelio de Juan), ora honestamente cada día, y obedece lo que aprendes. No tienes que tenerlo todo resuelto. Solo camina con Él un día a la vez —Él está caminando contigo—.

Conclusión: Rescatado. Redimido. Restaurado.

Hemos caminado un largo camino juntos —del problema del pecado al amor del Padre, de la cruz de Cristo a la tumba vacía, de «cree y confiesa» a «todo aquel que invocare», de la gracia solamente al nuevo nacimiento, de la seguridad al bautismo, de las buenas obras a la misión del evangelio, de la vida eterna empezando ahora al cielo que espera adelante—. Ahora todo se reduce a tres palabras. El lema de este libro es también toda la historia de la salvación:

Rescatado. Redimido. Restaurado.

Rescatado —te estabas ahogando en el pecado, y Dios lanzó el cabo de rescate—. No lo ganaste. No ayudaste a hacer la cuerda. Te agarraste por la fe, y Él te sacó. «E hízome sacar de un lago de miseria, del lodo cenagoso; Y puso mis pies sobre peña» (Salmo 40:2 (RVR1909)).

Redimido —el precio fue pagado en su totalidad—. No con plata ni oro, «Sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación» (1 Pedro 1:19 (RVR1909)). Tu deuda está cancelada. El recibo está sellado: Consumado es. Eres comprado, propiedad, y tesoro de Dios.

Restaurado —la relación está reparada—. Estabas lejos; ahora has sido hecho cercano (Efesios 2:13). Eras un enemigo; ahora eres un hijo (Juan 1:12). Estabas muerto; ahora estás vivo (Efesios 2:5). Esto es lo que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo lograron juntos: el Padre lo planeó, el Hijo lo compró, el Espíritu lo aplica.

Ahora escúchame claramente, porque este es el momento hacia el que todo en este libro ha estado construyendo. Si has leído hasta aquí y nunca has confiado verdaderamente en Cristo —nunca te has arrepentido, nunca has creído, nunca has invocado su nombre— entonces no cierres este libro sin cambiar. La promesa de Dios está abierta ahora mismo: «todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo» (Romanos 10:13 (RVR1909)). Todos. Eso te incluye a ti. Ahora mismo. Dondequiera que estés.

No necesitas arreglarte primero. No necesitas entenderlo todo. No necesitas sentir algo dramático. Necesitas hacer lo que Romanos 10:9 dice: cree en tu corazón que Dios levantó a Jesús de los muertos, y confiesa con tu boca que Jesús es Señor. Vuélvete de tu pecado. Confía en Cristo solamente. Invoca su nombre.

Y si ya le perteneces —entonces ve—. Cuéntale a alguien. Tu vecino, tu compañero de trabajo, tu familiar que no conoce. El evangelio que recibiste es el evangelio que alguien más está esperando oír. Fuiste rescatado para unirte al rescate.

Rescatado de la pena, el poder, y un día la presencia del pecado. Redimido por la sangre de Jesucristo. Restaurado al Padre, por el Espíritu, para siempre.

Esto es la salvación —por gracia, mediante la fe—. Ahora ve y vívela —y no te detengas—.

Oración de cierre

Padre en el cielo, vengo a ti en el nombre de Jesucristo, mi Señor y Salvador —el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre, que murió por mis pecados, fue sepultado, y resucitó—.

Padre, gracias por amar al mundo —por amarme a mí— tanto que diste a tu Hijo unigénito. Siendo yo aún pecador, Cristo murió por mí. No lo gané. No lo merecí. Es por gracia que soy salvo, mediante la fe —tu don para mí—. Lo recibo ahora con un corazón agradecido.

Señor Jesús, creo en mi corazón que Dios te levantó de los muertos, y confieso con mi boca: Jesús es Señor. Tú eres mi Salvador y mi Rey. Me vuelvo de mi pecado —me arrepiento— y me vuelvo a ti. Lávame en tu sangre. Hazme una nueva creación. Dame nuevo nacimiento por tu Espíritu Santo.

Espíritu Santo, ven y vive en mí. Séllame como propiedad de Dios. Da testimonio con mi espíritu de que soy hijo de Dios. Haz crecer tu fruto en mí. Guíame a toda la verdad. Cuando tropiece, convénceme rápidamente y levántame de nuevo. Nunca me sueltes.

Padre, oro ahora por cualquiera que esté leyendo esto y que nunca ha invocado tu nombre. Ahora mismo, en este momento, atráelo por tu Espíritu. Dale fe para creer y valor para confesar. Déjale orar esta oración conmigo:

Padre, admito que soy un pecador. Creo que Jesucristo murió por mis pecados, fue sepultado, y resucitó. Me vuelvo de mi pecado y confío en Jesús solamente para salvarme. Confieso con mi boca: Jesús es Señor. Sálvame ahora, por tu gracia mediante la fe. Llénname con tu Espíritu Santo. Hazme tuyo para siempre. En el nombre de Jesús, amén.

Padre, por cada creyente que lee esto, danos valentía para compartir este evangelio. Muéstranos la gente que nos has llamado a alcanzar. Haznos testigos fieles —con mansedumbre y respeto, en el poder de tu Espíritu—.

Gracias, Padre, por rescatarme. Gracias, Jesús, por redimirme. Gracias, Espíritu Santo, por restaurarme y sellarme hasta el día de la redención.

Soy rescatado. Soy redimido. Soy restaurado. Tengo vida eterna —empezando ahora, durando para siempre—.

En el nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo —en el poderoso nombre de Jesús oro—. Amén.

UNA INVITACIÓN PERSONAL: ENTREGA TU VIDA A JESUCRISTO

Dios te ama.

No importa lo que hayas vivido, los errores que hayas cometido ni lo que otros hayan dicho de ti. Puedes acercarte a Dios por medio de Jesucristo.

La Biblia nos enseña que todos hemos pecado y necesitamos el perdón de Dios. Pero Dios, en su gran amor y misericordia, envió a su Hijo Jesucristo para morir por nuestros pecados y resucitar, para que podamos recibir el perdón y la vida eterna mediante la fe en Él.

¿Qué dice la Biblia?

Romanos 3:23 — Todos hemos pecado y estamos lejos de la gloria de Dios.

Romanos 6:23 — El pecado trae muerte, pero Dios ofrece el regalo de la vida eterna por medio de Jesucristo.

Romanos 10:9–10 — La salvación implica confesar a Jesús como Señor y creer que Dios lo levantó de entre los muertos.

Efesios 2:8–9 — Somos salvos por la gracia de Dios mediante la fe, no por nuestras propias obras.

Si deseas apartarte del pecado y poner tu fe en Jesucristo, puedes orar:

LA ORACIÓN DEL PECADOR

Amado Padre celestial:

Hoy vengo ante ti reconociendo que soy pecador y que necesito tu perdón.

Creo que Jesucristo es tu Hijo, que murió en la cruz por mis pecados y que tú lo resucitaste de entre los muertos.

Señor Jesús, me arrepiento de mis pecados y me vuelvo a ti. Por favor, perdóname, limpia mi corazón y hazme una nueva persona.

Te recibo como mi Señor y Salvador. Ayúdame a seguirte, confiar en tu Palabra y vivir conforme a tu voluntad.

Gracias por tu amor, tu misericordia y el regalo de la vida eterna.

En el nombre de Jesús, amén.

¿QUÉ SIGUE AHORA?

Si sinceramente has puesto tu fe en Jesucristo, comienza a crecer en tu relación con Él.

- Lee la Biblia. Comienza con el Evangelio de Juan para conocer mejor a Jesucristo.
- Ora todos los días. Habla sinceramente con Dios acerca de tu vida, tus dificultades, tus esperanzas y tu gratitud.
- Busca una iglesia que enseñe fielmente la Biblia. Crece junto a otros cristianos que puedan animarte y enseñarte.

- Habla con un mentor cristiano de confianza o con un pastor. Haz preguntas y busca orientación mientras creces en la fe.
- Sigue a Jesús cada día. Aprende sus enseñanzas y procura vivir conforme a su Palabra.

Recuerda: La oración en sí no te salva. La salvación es un regalo de la gracia de Dios, recibido mediante una fe genuina en Jesucristo.

Acerca del autor

Kimani Upshur, M.Ed., es el autor de una creciente serie de libros diseñados para hacer las ideas complejas más fáciles de entender y aplicar en la vida diaria. Su trabajo se enfoca en los sistemas centrales que forman cómo la gente piensa, decide y actúa —y su objetivo es sencillo: ayudar a la gente a pensar claramente, entender sistemas complejos, y tomar mejores decisiones con el tiempo—. Escribe libros en lenguaje sencillo, la Biblia primero, para la vida diaria por medio de Upshur Unlimited LLC.